

LA CONSTRUCCIÓN DE LAS DERECHAS MEXICANAS DESDE SUS PROYECTOS DE CULTURA EN LAS PRIMERAS SEIS DÉCADAS DEL SIGLO XX

En los últimos treinta años, el estudio sobre las derechas en México ha permitido la visualización de una complejidad mucho más amplia de lo que se plasmaba en definiciones pretéritas, las cuales ubicaban a la derecha mexicana como una corriente ideológica y política reaccionaria y representada por las altas esferas eclesiásticas católicas —apoyada por agrupaciones laicas y religiosas— y la plutocracia. En distintas instituciones académicas y desde disciplinas diversas —la sociología, la ciencia política, el derecho, la antropología, la historia—, se ha podido observar con mayor detenimiento que en México no sólo se constituyó un único pensamiento de derecha, sino que existe una amplia diversidad entre los grupos sociales que han seguido una ideología y tradición política de derecha, y se han identificado momentos históricos clave en la formación de las derechas mexicanas que nos permiten entender su evolución histórica.

Sin embargo, la mayoría de esos estudios se han centrado en el análisis de las prácticas políticas de diversos actores, como los partidos, grupos y organizaciones, así como en el vínculo estrecho entre los grupos de derecha con la Iglesia católica y el catolicismo conservador, que sin duda han guiado la definición de las derechas mexicanas. Así, se han dejado de lado los proyectos sociales y de cultura que, en el siglo xx, comenzaron a constituir tanto una forma de expresión de las demandas de las derechas en México, como una alternativa de comprensión de la identidad nacional y de visualización del futuro de la sociedad.¹ En 1976, Carlos Monsiváis había señalado la necesidad de estudiar dichos proyectos, los cuales adquirieron mayor relevancia a partir de la presidencia de Manuel Ávila Camacho (1940-1946).² Muchos de los grupos de derecha, sobre todo miembros de la jerarquía eclesiástica católica, comenzaron a ver en ellos un medio de propaganda; otros, principalmente en lo cultural, encontraron



1 Anne Rubenstein, *Del Pepín a los Agachados. Cómic y censura en el México posrevolucionario* (México: Fondo de Cultura Económica, 2003), 142-143.

2 Carlos Monsiváis, “La nación de unos cuantos y las esperanzas románticas: notas sobre la historia del término ‘cultura nacional’ en México”, en *En torno a la cultura nacional* (México: Fondo de Cultura Económica, 1976), 208-211.

una forma de expresión y de transmisión de ideas, valores y principios que podían ayudar a la definición de la identidad nacional y a la construcción social de la nación. Por ello, consideramos que es a través de la identificación y análisis de los proyectos sociales y de cultura como se observan con mayor precisión las complejidades de las posturas ideológicas y políticas de las derechas mexicanas, y se puede entender, como lo hizo Gabriel Zaid al estudiar a tres poetas católicos mexicanos del siglo xx, que “en la historia cultural hay realidades invisibles para la tradición crítica recibida”.³

Los artículos presentados en este *dossier* se discutieron en una primera propuesta en el III Coloquio sobre las Derechas en México, que organizó en noviembre de 2018 el Seminario Permanente sobre las Derechas en México dirigido por la doctora Tania Hernández Vicencio, en la Dirección de Estudios Históricos del INAH, y del cual formamos parte quienes participamos en este número temático. En dicho seminario, se han estudiado las personalidades particulares, los sectores sociales y las instituciones que constituyen la derecha tradicional, esto es, algunos miembros del sector empresarial, ciertos sectores de la Iglesia católica, el Partido Acción Nacional, organizaciones de oposición y agrupaciones religiosas y laicas, sobre todo urbanas y pertenecientes a sectores privilegiados o de clase media. Particularmente, en ese tercer coloquio, nos propusimos contribuir al debate mediante el análisis de la forma en la que los diversos grupos de derecha han echado mano de lo cultural, entendido este concepto, en términos antropológicos, como el conjunto de creencias y comportamientos que definen una visión propia de nación.

Sabemos que, a pesar de ser un tanto más clandestinas, las izquierdas han integrado en sus manifestaciones discursivas la música, el grafiti, la narrativa, la poética, los performance, etcétera. Pero, ¿cuáles son los proyectos de cultura de las derechas en México?; después del movimiento revolucionario de 1910, ¿cómo se reconstruyeron los grupos tradicionalmente en una ideología de derecha?, ¿qué alternativa encontraron bajo los parámetros de los gobiernos posrevolucionarios? A través de la identificación de los proyectos de cultura podemos analizar otros discursos del pensamiento de las derechas que es expuesto y defendido en instituciones de gobierno, en el uso de los medios masivos de comunicación, en organismos que se manifiestan ante la opinión pública, etcétera. De este modo, hemos obtenido una perspectiva que nos ha ampliado aun más los elementos que definen al pensamiento de las derechas en México, pues



3 Gabriel Zaid, *Tres poetas católicos* (México: Océano, 1997), 7.

nos ha permitido entender que, al igual que las izquierdas, es mucho más complejo de lo que se ha percibido en el siglo pasado.

Por tanto, el valor del presente *dossier* reside en la aportación de nuevos elementos de análisis para la caracterización de las derechas desde sus proyectos de cultura, tal como instó Carlos Monsiváis en 1976.⁴ Presentamos una serie de cinco artículos que plantean, desde lo cultural en relación con otras esferas sociales, diversas maneras en las cuales grupos de derecha en México defienden tanto el retorno a un momento original de la nación, como la adaptación a las exigencias de la contemporaneidad a través de ciertos grados de reforma y modernidad que permitan la continuidad o transformación de los valores y principios que definen la tradicional cultura de la nación que se desea construir.

Si bien los estudios aquí publicados pueden tener muchas lecturas, a continuación expongo brevemente el contenido de los artículos siguiendo la perspectiva mencionada. Franco Savarino Roggero, en “Después de la tormenta. Reorganización, activismo y movilización católica en Chihuahua en la época posrevolucionaria (1918-1926)”, nos insta a pensar que la participación de los estados norteros del país en el Conflicto Religioso de 1926 a 1929 pudo ser más activa de lo que la historiografía del siglo pasado ha registrado. El caso específico de Chihuahua, en el que se centra este artículo, puede ser paradigmático en la medida en que, a diferencia de la zona central del Conflicto Religioso, la participación de los católicos chihuahuenses se dio “en formas y tonos no conservadores y, señaladamente, no antirrevolucionarios”. En ese sentido, no obstante la tradición política liberal y una presencia clerical más disminuida en Chihuahua, en comparación con la zona centro-occidente del país, la fuerza del catolicismo que se gestó en la región después de la lucha revolucionaria fue determinante para el involucramiento chihuahuense en las movilizaciones de apoyo al Conflicto Religioso en la zona central.

Savarino señala que esa presencia católica se vio reflejada principalmente a través de una “inusual fuerza y activismo de los católicos chihuahuenses”, o bien, a través de un reforzamiento de la tradición cultural católica en los primeros años de la década de 1920 —marcada por las iniciativas pastorales del obispo Antonio Guízar y Valencia—, que vivieron una mayoría de los pobladores chihuahuenses en la infancia, por medio de una formación religiosa familiar y prácticas religiosas que se vivían abiertamente en los espacios públicos, y, en la adultez, a través de la participación seglar en las varias



4 Monsiváis, “La nación”, 208.

asociaciones católicas laicas que se fundaron en las primeras décadas del siglo xx, y que durante el conflicto armado de 1926-1929 adquirieron un papel relevante en el apoyo a los participantes activos de la movilización. De esta forma, el panorama histórico que nos presenta Savarino permite la visualización de una continuidad entre la organización político-religiosa en Chihuahua a principios del siglo xx y la formación política de una ideología de derecha que surgió en el estado posteriormente.

Como el título anticipa, “José Joaquín Izquierdo Raudón frente a la eugenesia y el indigenismo (México, 1920-1937)”, Dolores Ávila analiza la participación y postura del médico poblano en los estudios eugenésicos sobre la población indígena que se llevaron a cabo en México en la década de 1920 y su paso hacia los estudios indigenistas durante los años posteriores. Como la autora señala, José Izquierdo es un personaje muy poco tratado y reconocido en la historia de la ciencia mexicana, en general, y de la medicina, en particular, pero que hizo importantes contribuciones en el ámbito de la enseñanza de la medicina y de la biografía histórica. A través de un detallado repaso de la vida personal y profesional de Izquierdo, que implicó la revisión de sus trabajos de investigación, así como de su relación con otros científicos nacionales e internacionales y con diversas instituciones, en las cuales laboró o tuvo alguna participación en proyectos, Dolores Ávila nos lleva a conocer la evolución del pensamiento de este personaje.

Como parte del proyecto posrevolucionario de reconocimiento de la población por la cual estaba compuesta la nación mexicana, desde el Estado, se promovieron y apoyaron investigaciones científicas que dieran cuenta de la calidad y cantidad de habitantes que ocupaban el territorio nacional, con el objeto de propiciar políticas para encaminar el “progreso nacional” en una sola dirección. En ese tenor y comenzando su vida profesional, Izquierdo fue invitado por el antropólogo Manuel Gamio a participar en el proyecto *La población del Valle de Teotihuacán*, para hacer un análisis fisiológico de la población indígena adulta de dicha región, en el cual termina concluyendo que las evidencias de sus estudios demuestran una “decadencia fisiológica” presente en dicha población. Ese trabajo le permitió a Izquierdo proponer un proyecto de Estado para lo que concebía como un necesario “mejoramiento racial”. Dolores Ávila considera que las posturas eugenésicas europeas que afirmaban “la superioridad de la raza blanca” dieron pie a otras propuestas eugenésicas en América Latina, como la mexicana, que pugnaba por orientar el proyecto eugenésico de Estado hacia “el fomento a la salud pública”, lo cual llevó a Izquierdo a reencauzar su propio pensamiento.

El tránsito de Izquierdo por distintas instituciones universitarias nacionales e internacionales, pero sustancialmente el contacto entablado con el antropólogo

chileno Alejandro Lipschütz, le permitió un cambio de perspectiva en relación con el atraso social de la población indígena mexicana. Izquierdo abandonó la idea de *decadencia fisiológica*, y, siguiendo los argumentos antropológico-indigenistas de la época, que encontraban en la Conquista e imposición cultural las razones del atraso social, propuso la integración cultural del indígena como único medio para dar cima al proceso de occidentalización en América iniciado con la conquista europea. De aquí que, si bien Izquierdo dejó a un lado las ideas eugenésicas, abrazó a continuación el pensamiento indigenista que desde el Estado pretendía homogeneizar a la población mediante el mestizaje, dando por sentado que el multiculturalismo que define a México obstaculizaba el camino hacia el tan buscado progreso nacional.

La culminación del Conflicto Religioso en México en 1929 y el progresivo establecimiento del *modus vivendi* orientaron la búsqueda de los diversos grupos católicos hacia nuevos espacios a través de los cuales expresar las críticas a los proyectos de gobierno posrevolucionarios, sin cruzar los límites estipulados en los Acuerdos de paz.

Como apunta Rodrigo Ruiz Velazco Barba, en su artículo “Reaccionar bajo la enseña de la hispanidad: la revista *Lectura* en la batalla de las ideas, 1937-1939”, el campo cultural se convirtió “en el frente de lucha” en el que diversos grupos católicos se enfrentaron, a través de las ideas, a la continuidad de las políticas secularizadoras de los gobiernos posrevolucionarios —particularmente del Cardenismo— y al arribo de ideologías modernas “que amenazaban la supervivencia de la civilización cristiana”. Uno de esos espacios culturales, utilizado como palestra por algunos grupos de derecha en México, fueron las publicaciones periódicas. Ruiz Velazco analiza la revista cultural *Lectura*, fundada en 1937 por el escritor Jesús Guisa y Acevedo, con el propósito de llamar a la sociedad mexicana en su conjunto a “reaccionar” contra el desorden social provocado por la Revolución y los gobiernos posrevolucionarios. Además, a través de la pluma de autores nacionales y extranjeros, la revista quería recordar el carácter hispanista y católico que definía, desde la perspectiva de sus autores, a la nación mexicana; con ello, se buscaba presentar una respuesta cultural al proyecto reformador cardenista con el cual estaban en absoluto desacuerdo.

Para varios autores de *Lectura*, el gobierno cardenista, entre otras cosas, hacía uso “peligroso” de un lenguaje comunista que contraponía la esencia misma de la sociedad mexicana, y, lo más alarmante para este grupo, había establecido constitucionalmente la educación socialista, lo cual ponía en riesgo el proyecto mismo de la civilización cristiana nacional. Sumado a ello, dentro del contexto internacional, el Cardenismo había manifestado el apoyo al gobierno republicano del Frente Popular Español, lo que disgustó a diversos grupos de la derecha mexicana. A decir de Ruiz Velazco, para

Guisa y Acevedo y los intelectuales que colaboraban en la revista *Lectura*, todo esto significaba un peligro para la sociedad mexicana, en tanto las políticas cardenistas atentaban contra los valores e instituciones que definían el propio ser nacional.

El análisis propuesto por el autor es una historia intelectual que implica el reconocimiento de la formación personal y profesional de Guisa y Acevedo para el entendimiento del perfil intelectual de la revista, desde su materialidad misma, los presupuestos ideológicos de su fundación, hasta quiénes participaron en ella y de qué forma. Particularmente, sobre los autores que colaboraron en *Lectura*, Ruiz Velasco destaca su “heterogeneidad” que rompe con la idea de un grupo compacto ideológicamente, además de integrar a aquellos nacidos antes del movimiento revolucionario de 1910 y a una nueva generación de intelectuales que nacieron posteriormente. Asimismo, presenta las influencias internacionales, entre las que destacan los autores católicos franceses que fueron reproducidos a través de importantes traducciones y citados ampliamente por varios colaboradores de *Lectura*, pero también destaca brevemente la particular visión de Guisa y Acevedo sobre el origen del modernismo y sus males surgidos del idealismo alemán, cuyo pensamiento era reproducido en México por los intelectuales del exilio español.

También se adentra en la relación con el acontecer nacional e internacional, a través de la manifestación de posturas claras respecto al proyecto revolucionario y sus propias propuestas de “reconstrucción nacional”, la cual, como lo analiza el autor, se plantea desde la crítica a los males derivados del movimiento revolucionario de 1910 y la defensa de un hispanismo y catolicismo fundados en territorio nacional siglos atrás y que contraponía la política indigenista de los gobiernos posrevolucionarios. Todas estas vertientes hacen mucho más llamativo el análisis de los contenidos de la revista.

Desde el contexto del *modus vivendi* instituido en el gobierno de Lázaro Cárdenas, otros grupos de derecha, como algunos miembros del episcopado nacional y agrupaciones de seglares —al igual que los intelectuales católicos de la revista *Lectura*—, estaban en la búsqueda de espacios a través de los cuales expresar su desacuerdo con las políticas en materia religiosa y eclesiástica del Estado, y presentar sus propias propuestas de nación frente a los embates de las nuevas modernidades. En ese contexto surgió la Legión Mexicana de la Decencia, que en este *dossier* es analizada por Laura Camila Ramírez Bonilla, en su artículo “Re Cristianizar para salvar. La Legión Mexicana de la Decencia como proyecto cultural en el *modus vivendi*”.

El estudio presenta las conexiones que se establecieron entre el programa pastoral de la Acción Católica Mexicana (ACM), dirigido por el episcopado nacional, y otras organizaciones seglares que propusieron vías diversas para la renovación de la vida

cristiana. Fue el caso de la Legión Mexicana de la Decencia (LMD), la cual, a través de la censura y vigilancia de las producciones cinematográficas nacionales y extranjeras que se presentaban en el país, pretendía detener “la desestabilización del orden y las buenas costumbres” que los modernos medios de comunicación, como el cine, la radio, las historietas y, más tarde, la televisión, estaban provocando entre la sociedad mexicana.

En su análisis, Ramírez Bonilla establece la intersección que se presenta entre la continuidad del proceso de secularización en Occidente en la primera mitad del siglo xx, el proyecto de renovación cristiana diseñado desde la Santa Sede bajo los parámetros de una realidad distinta y el papel de los medios de comunicación de masas, tanto en la percepción de los mensajes emitidos a través de ellos, como en el impacto extensivo que podían llegar a alcanzar. La autora nos presenta cómo dentro del ambiente generalizado de los sectores más conservadores se gestó —sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial y la expansión de las ideas comunistas— un ambiente de “crisis civilizatoria” en donde, frente al indiferentismo religioso generalizado, la moralidad de las sociedades corría un grave peligro. Como se señala en el artículo, la LMD tuvo desde su fundación, en 1933, un rápido crecimiento en el país y reconocimiento por parte del episcopado nacional, del propio Pontífice, además de ser integrada como Obra Nacional dentro del programa de la ACM en la década de 1940 y a otros organismos similares a la LMD a nivel internacional.

La incorporación de la LMD a la ACM permitió una mayor penetración en la sociedad, al establecer redes de comunicación con el aparato parroquial, con las asociaciones católicas laicas y con los centros catequéticos del país a donde llegaría el boletín *Apreciaciones* —órgano de difusión de la LMD—, en donde se enlistaban las películas en cartelera y su clasificación moral. La autora nos adentra con detalle a la organización de la LMD, desde el reconocimiento de algunos de sus principales dirigentes, los criterios utilizados para la clasificación moral de las películas, la red de difusión, los medios de convencimiento sobre la moralidad católica entre la feligresía nacional, su extensión en la década de 1950 en otras revistas y a través de otro programa de la ACM: la Campaña Nacional de Moralización, y con la censura a otros medios de expresión comunicativa, como la radio y la televisión. Y, de forma muy importante, se expone la relación que se establece, a partir de la década de 1940, iniciado el gobierno de Manuel Ávila Camacho, entre la Iglesia católica y un Estado posrevolucionario que afirmaba su confesión religiosa y la defensa de la moralidad como parte de su función en el mantenimiento del orden social.

El desarrollo de las comunicaciones, particularmente la industria editorial, había alcanzado un crecimiento importante en México desde la década de 1930, para convertirse, en términos comerciales, en un negocio rentable, al grado de llamar la atención de una clase media que, siendo trabajadores en algún área de la industria y, por tanto, teniendo conocimiento práctico sobre la labor editorial, pudo pensar en adentrarse en el negocio de los impresos. De forma particular, la producción de historietas se convirtió, a partir de esos mismos años, en el más exitoso de los medios impresos de comunicación y dentro de la industria del entretenimiento, que comenzaba a despuntar en el país. Gabriela Díaz Patiño analiza la editorial más importante en la producción de historietas en México en su artículo “Las historietas Novaro como una propuesta cultural de la derecha empresarial en México, 1949-1965”.

El propósito central del artículo es desentrañar la ideología que se construyó detrás del exitoso proyecto comercial que iniciaron los hermanos Luis y Octavio Novaro a mediados del siglo xx. La definición de dicha ideología se torna compleja por múltiples factores que se entrelazan en la época y que provocaron, en ciertos sectores sociales de esa generación, una disyuntiva en la propia enunciación de una corriente ideológica o política a la cual constreñirse. En el artículo, ello se ve reflejado en la medida en que la autora se adentra al reconocimiento de las formaciones personales y profesionales de los fundadores de los Talleres Novaro-Editores-Impresores. Luis Novaro, el creador del concepto, con una formación tradicional no académica y apegada a los valores católicos, invitó a su hermano Octavio, formado en los ámbitos universitarios con la influencia de las ideologías y cambios que se estaban desarrollando internacionalmente entre las décadas de 1920 y 1930. Aquí se establece un primer elemento de definición: “la formación de dos ideologías de derecha, una religiosa y otra liberal”, circunstancia que marcó también las diferencias en los proyectos editoriales de los Talleres Novaro.

Lo que los unió al interés del proyecto de las historietas fue la formación compartida dentro de la experiencia editorial y periodística en la que ambos laboraron, así como el despunte de la industria editorial que se comienza a observar desde la década de 1920 y que se fortaleció con el posterior apoyo del Estado, principalmente bajo el gobierno de Lázaro Cárdenas. Esto llevó a Luis Novaro a visualizar el potencial que significaba la producción de historietas en términos comerciales y a desarrollar el proyecto inicial que consistió en la traducción de los cómics estadounidenses al español. La entrada del *American way of life* a través de las historietas de los Talleres Novaro al país, con una manufactura de mayor calidad que otras y con un amplio catálogo, causó furor entre el público mexicano, pero también protestas entre ciertos

sectores conservadores, especialmente entre la clerecía nacional y organizaciones católicas laicas, que, en la década de 1950, habían iniciado un movimiento en pro de la moralización de la sociedad.

Esto último propició, no el cese de la producción de la traducción de los cómics estadounidenses, sino la idea de crear historietas originales, lo que constituyó el segundo proyecto editorial de los Talleres Novaro. Dicho proyecto tuvo dos líneas: una confesional, que creó historietas religiosas en asociación con otra editorial mexicana, Buena Prensa, dirigida por la Compañía de Jesús, y cuyo principal producto fue *Vidas Ejemplares*, y la segunda, didáctica, dedicada a la edición de historietas históricas y biográficas, principalmente. Para Díaz Patiño, los proyectos editoriales de los Talleres Novaro ejemplifican las disyuntivas ideológicas a las que se enfrentó la sociedad mexicana, las cuales llevaron, dentro de las derechas, a la construcción de una corriente de pensamiento que se separa de las radicalidades que definieron a otras derechas formadas a lo largo de la primera mitad del siglo xx.

En el recorrido histórico que se presenta en este *dossier* sobre las derechas en México, el cual atraviesa y traspasa la primera mitad del siglo xx, podemos observar que los proyectos de cultura incluyen la renovación de lo que Giovanni Levy llama *estilo de vida católica*, las propuestas de la ciencia que integraran a todos los mexicanos en un único proyecto de nación, los proyectos editoriales y organismos que defendieron la continuidad o adaptación de la cultura católica y otros valores. Todo ello nos muestra otras maneras en las cuales los grupos de derecha en México enfrentaron los desafíos nacionales.

GABRIELA DÍAZ PATIÑO

ORCID.ORG/0000-0002-0425-7212

Escuela Nacional de Antropología e Historia

Centro de Estudios Interdisciplinarios

gdpatino@hotmail.com

D.R. © Gabriela Díaz Patiño, Ciudad de México, enero-junio, 2023.